

y valientes caballeros, prorumpieron todos los de la comitiva, nobles y pecheros, en grandes sollozos y vivas exclamaciones de dolor. Al observar esto, reprimió el rey su propio llanto y dijo á todos que callasen y escuchasen cierta cosa que decirles queria, y habido por ello silencio, así les habló el monarca:

— Barones, estos ricoshomes que aquí veis muertos, han perecido en servicio de Dios y nuestro. Si nos fuese posible recobrarlos, de manera que pudiésemos volverlos á la vida, tanto daríamos de lo nuestro y de nuestras tierras para que Dios nos otorgara esta gracia, que á buen seguro por loco nos habian de tomar cuantos supieran lo que ofreceríamos. Pero ya que ha sido voluntad de Dios el que Nos y vosotros le prestáramos un servicio tan señalado, no conviene por lo mismo mostrar aquí sentimiento ni derramar lágrimas: cierto es que el pesar es grande, mas ninguna necesidad hay de que lo sepan los que pueden oirlo desde afuera: en fuerza pues del señorío que tenemos sobre vosotros, mandamos que ninguno se atreva á llorar ni á gemir, que aun cuando perezcan con aquellos las ocasiones en que hubieran podido haceros bien, Nos las sabremos suplir, otorgándoos lo que fuese menester. Si alguno de vosotros perdiese el caballo ú otra cosa, venga á Nos y se lo enmendaremos cumplidamente, sin que por esto os hagan falta vuestros señores en lo mas mínimo, de tal guisa serán los beneficios que os hagamos, y cuyo valor facilmente podreis conocer. Ved, con esto, que vuestro llanto solo serviria para desmayar al ejército, y que este seria el único provecho que sacaríais. Así pues, os mandamos por la naturaleza que sobre vosotros tenemos, que ceséis de llorar: el mejor sentimiento que en tal ocasion puede mostrarse será que Nos con vosotros y vosotros con Nos nos lamentemos de tal pérdida pero sirviendo debidamente á Nuestro Señor en la empresa que hemos acometido, á fin de que en todos tiempos sea su nombre santificado.

Tal fué el razonamiento que tuvo Don Jaime á la gente de los Moncadas, razonamiento que fielmente ha sido traducido del lemosin en que estas palabras fueron dichas por el monarca.

Enterráronse en seguida los cuerpos que en el mismo campo de batalla estuvieron hasta que, tomada la ciudad, es fama que se depositaron en la pequeña iglesia llamada del *Sepulcro*, antes mezquita, y se trasladaron mas tarde al monasterio de Santas Cruces y al lugar en que los hemos hallado.

Y pues ya hemos pagado un justo tributo de admiracion y el debido recuerdo á los Moncadas, pasemos adelante en nuestra relacion acerca el grandioso y espléndido monasterio que nos ocupa.

II.

RECUERDOS DE GLORIA.

No son estos en verdad los únicos sepulcros de hombres ilustres que duermen bajo las bóvedas de Santas Cruces.

El arte se envanece de tener dos joyas de inapreciable mérito, de riquísimo valor en los famosos monumentos funerarios que guardan los cenizas de Don Pedro, aquel que el mundo denominó *el grande*, y de Don Jaime, aquel que la historia ha llamado *el justo*.

Suntuosos templetos de sobredorado mármol, ricos en preciosas ojivas, en haces de columnitas, en caprichosos follajes y en lindas labores, cobijan los sepulcros que consisten, el de Don Pedro en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo árabe, que, segun fama vulgar, fué en algun tiempo un baño arrebatado á los moros por el mismo que allí descansa, mientras que el de Don Jaime es cuadrilongo y soberbiamente entallado. Con Don Jaime descansa allí su bella esposa Doña Blanca de Nápoles.

La revolucion que un dia rugió amenazadora desplegando sus alas de monstruo no perdonó estos sepulcros, cuyo interés histórico y cuyo primor artístico, no bastaron á preservarlos de odiosas profanaciones. Sin embargo, quiso la Providencia que, mas afortunados que los monumentos regios de Poblet, saliesen casi ilesos del furor del populacho, y allí quedasen para honra del arte, para ilustracion de la historia y para gloria de Cataluña.

A los piés de Don Pedro que conquistó la Sicilia arrojando y arrollando el poder de tres reyes, despues de haber recogido el sangriento guante del degollado Coradino; á los piés del famoso monarca que supo vencer en cien batallas á los ejércitos de la siempre envidiosa Francia, yace en el pavimento Roger de Lauria, el bien nombrado almirante cuyo nombre es toda una historia, cuya historia es toda una hazaña. Al morir en Cataluña y en 1305 el vencedor en los mares de Malta, Nápoles y Rosas, el azote de la Francia, el terror de la Calabria y el defensor constante de los derechos de Don Pedro, mereció del rey Don Jaime la honra de ser enterrado á los piés del monarca, cuyo reinado habia engrandecido con tan brillantes y gloriosos triunfos.

Yacen además en esta iglesia otros príncipes y nobles de Aragon y Cataluña, entre los cuales debemos citar, siquier como simple recuerdo, al infante Don Fernando, hijo de Don Jaime *el conquistador*, y á la reina Margarita, la bellísima catalana Margarita de Prades, esposa de Don Martin *el humano*.

En el claustro se ven asimismo otras sepulturas, todas decoradas con nombres famosos en el libro de las hazañas, con los nombres de los Queralt, los Pinos, los Castellons y los Mataplanas.

Por lo demás, allí, bajo esas bóvedas, allí, al pié de esos altares, oró por mucho tiempo San Bernardo Calvó, el que acompañar debía á Don Jaime I á la conquista de Valencia, el que solo debia salir del claustro de Santas Cruces para ser obispo de Vich; allí, en ese templo recibió un dia el hábito de Calatrava y el maestrazgo de Montesa, Guillen de Eril, el primer gefe de tan religiosa como ilustre caballería; y allí tambien fué recibido de monge cisterciense el rey Don Jaime II que quiso acabar sus dias bajo la augusta sombra de San Bernardo.

Todo son recuerdos de honor, recuerdos de gloria bajo tan santas bóvedas que un dia han visto cruzar los abades apoyados en sus báculos de plata y seguidos de numerosa comitiva, yendo á cantar los salmos de los difuntos sobre los féretros reales que allí habian llevado los principales ricos homes de Aragon y los mas famosos hidalgos de paratge de Cataluña.

La iglesia comunica con un espacioso claustro que los inteligentes celebran unánimes como una preciosidad, particularmente una glorieta exágonal de forma puramente bizantina que está en uno de sus ángulos.

Una puerta de cimbas concéntricas, puesta entre dos ventanas semicirculares, abre paso á una bella sala capitular de tres naves, donde se ven siete tumbas de abades.

Otra puerta conduce á las piezas interiores del monasterio, trazadas casi

todas sobre las de Poblet, de las que no se diferencian sino por sus mas pequeñas dimensiones y la menor delicadeza de sus detalles.

III.

TRADICIONES.

Si consultamos á los historiadores que se distinguen por su rigurismo y exclusivismo históricos, nos dirán que el monasterio de Santas Cruces fué fundado por el conde de Barcelona Berenguer IV, que quiso manifestar con esto á Dios su agradecimiento por haberle dado en Doña Petronila á su sucesor Alfonso; pero si recorremos á la tradicion, nos impondrá otro fundador y nos contará una causa mas dramática.

Sin perjuicio pues de adoptar lo primero, veamos como se nos explica lo segundo. Figuraba en Cataluña por los años de 1148 acaso como el mas cumplido caballero, Don Guillen Ramon de Moncada — padre de los otros dos Moncadas que hemos visto morir en Mallorca, — gran senescal de Cataluña, que con muchos caballeros de sus tierras y hombres de *Paratge* (1) habia asistido á su conde Don Ramon Berenguer en la conquista de Tortosa.

Al regresar el conde de esta victoriosa escursión en tierra de moros, encontró á Cataluña alborotada con los bandos de dos familias rivales, los Cervellones y los Castellvines. En vano trató de poner remedio. Los bandos se encarnizaron mucho mas con la llegada de Don Guillen de Moncada que, deudo de

(1) Los hombres de *Paratge* eran iguales á los hidalgos de Castilla.

los Cervellones, tomó su partido y se puso á su frente, dispuesto á ayudarles con armas y dinero contra sus contrarios.

Acació por entonces un reñido encuentro entre los dos bandos; y habiendo conseguido los Castellvines prender á traicion al Don Guillen Ramon de Moncada, lleváronsele al castillo de Rosanes cerca de Martorell donde le encerraron en un oscuro calabozo, los piés en un cepo.

Algunos dias hacia que allí estaba tratado como un miserable, cuando bajó á verle Don Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona y deudo de los Castellvines, con objeto de negociar con él algun buen medio de paz.

Así que vió el de Moncada al arzobispo le dijo muy airado que aquella no era prision para él, y que se la *aliviase* por lo tanto, queriendo decir que bastaba tenerle preso en una cámara ó torre bajo su palabra y no tener su persona en un cepo como villano.

Bien y perfectamente entendió el arzobispo el significado de sus palabras, pero por enojo que de su hablar tuvo, dice una crónica, volvióse á un secretario que le acompañaba y pidióle un cuchillo de templar plumas. En seguida llegándose al cepo, cortó de él una arista y dijo:

—Servido sois dende agora, el de Moncada, que ya está mas liviana la prision, pues no tiene tanta madera el cepo.

Don Guillen al oír esto túvose por afrentado y poniéndose los dos dedos de la mano derecha en la frente, díjole:

—Para esta que vos me lo pagueis, Don Arzobispo!

Y con la saña que de cada hora le crecía, escribió á sus deudos que por cualquier medio negociasen su libertad y le sacasen de allí por vengarse del arzobispo.

Así lo hicieron, y luego que el de Moncada se vió en libertad, aconsejóse con sus primos Galceran de Pinos, Ponce vizconde de Cabrera y Pedro Aleman, y los tres fueron de opinion que matase al arzobispo y que contase con ellos para ayudarle en su venganza.

El conde de Barcelona, teniendo de esto alguna noticia, y deseando apartar ocasion, envió á Don Berenguer de Vilademuls á Roma de embajador al santo padre, pero no hubo de valerle nada para salvarle la vida, pues que saliéndole en el camino Moncada con sus primos, y alcanzándole en el llano ó campo de Matabueyes, cerca de Barcelona, le asesinaron sin piedad á vista de todo su acompañamiento.

Murió el arzobispo, segun la crónica de Beuter, á 16 de Febrero de 1149.

Pesole mucho tal asesinato al conde de Barcelona, y desterrando de todas sus

tierras al de Moncada, quedose con todo lo que él tenia. Huyendo de la ira del conde, Don Guillen pasó á Aragon donde permaneció muchos años.

Mas adelante, cuando los tratos de casamiento entre Don Berenguer y Doña Petronila, la hija de Ramiro *el monje*, el de Moncada, por su buena suerte de hallarse en Aragon, lo negoció todo tan á satisfaccion del conde de Barcelona, que no pudo menos de perdonarle su pasado crimen y de volverle sus bienes, castillos y lugares, á condicion sin embargo de que en penitencia de la muerte del arzobispo de Tarragona, él y sus primos fundasen un monasterio.

Accedió el antiguo senescal y á sus costas y de los demás que tomaron con él parte en la muerte del prelado, se fundó el monasterio que debia mas tarde llamarse de Santas Cruces.

Tal es la tradicion. Pero, de qué dimana el nombre de Santas Cruces? preguntarán nuestros lectores.

Consultemos tambien la tradicion para hallarles facil respuesta.

Despues de elevado el edificio y dotado ricamente por Moncada, Pinós, Cabrera y Aleman, vinieron de Francia sus primeros fundadores, salidos del monasterio de la Gran Selva con licencia y espreso mandato de su general que era el famoso San Bernardo.

Vivieron los religiosos algunos años en el monasterio labrado á su costa por el senescal, — que despues fué convento de monjas, — pero andando los tiempos, viéronse algunos inconvenientes, que no nos dicen las crónicas cuales fuesen, y para atajarlos, se tomó por espediente con espreso consentimiento del conde de Barcelona y príncipe ya entonces de Aragon, mudar de allí los dichos religiosos, dándoles el mismo conde el sitio necesario para levantar otro monasterio en el territorio de Maguer llamado Ancona segun Pujades y segun Piferrer Anchosa, donde tuvo luego Santas Cruces una granja.

Tampoco allí pudo perseverar el monasterio por falta de agua, y viendo la esterilidad del sitio, decidieron los monjes pedir un amenísimo terreno que en aquel entonces se disputaban el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona y el baron de Montagut, llamado *campo de la contradiccion*.

Era este campo muy apacible y abundante de yerbas, por lo cual los pastores montañeses solian en el invierno bajar desde los montes sus rebaños para apacentarlos y guardarlos de las inclemencias del tiempo.

Dice pues la piadosa tradicion que aconteciera no pocas veces á los pastores ver sobre aquel paraje y campo muchas luces que danzaban errantes formando una especie de cruces al confundirse y chocarse; y como esto lo reparasen mu-

chas veces en diferentes lugares, pusieron ellos tantas cruces de madera, que todo aquel campo se quedó con el nombre de *Santas Cruces*.

Allí fué pues donde con ayuda de los príncipes y señores, según Pujades, con ayuda solo del conde de Barcelona, según Piferrer, — cuyas razones en este punto nos parecen más obvias, — edificaron los monjes cistercienses el suntuoso templo y monasterio que ha llegado hasta nuestros días con el nombre de *Santas Cruces*.

El arzobispo de Tarragona y el obispo de Barcelona pretendieron que este monasterio estaba en su diócesis, y llevaron sobre ello pleito en la corte romana, y por no haberse jamás declarado, ponían los monjes en sus autos y escrituras *utriusque diocesis, Tarraconensis et Barcinonensis, aut nullius diocesis*; que era grande preeminencia; y estaba el monasterio en esta posesión en virtud de un breve que el papa Alejandro III mandó expedir en su favor, ordenando que hasta la declaración del pleito tuviesen exención.

Tenia este monasterio por lo común 40 monjes con su abad, 46 legos y muchos donados y familiares para el servicio.

El abad de *Santas Cruces* era capellan mayor del rey en los reinos de la corona de Aragón, prior de San Jorge de Montesa en el reino de Valencia y en su nombre enviaba un religioso de su casa para regentar aquel oficio. Era también abad de dos monasterios, del de *Valdigna* del mismo reino de Valencia; y del de *Albafuente* en el reino de Sicilia, cuyas abadías le diera el conde de Barcelona y rey de Aragón Don Jaime II. Proveía también el priorato de *Eula* en la villa de *Perpiñán*.

Dotado estaba el monasterio de *Santas Cruces* de muchas y muy crecidas rentas con algunos lugares y villas y sus jurisdicciones, que los príncipes y señores de la tierra le dieron en diversas épocas. Y si era rico en bienes temporales, no lo era menos en riquezas y preseas espirituales.

Entre las reliquias que cuidadosamente guardaba, contábase una mano, singular por cierto, á la que iba anexa una bien fantástica tradición.

Es el caso que saliendo el sacristán todos los días, después de haber celebrado misa, á decir responsos al cementerio, donde estaban enterrados los cuerpos de los monjes, en hacimiento de gracias le salía la mano de uno de ellos de debajo la tierra moviendo y agitando una cruz. Varias veces dice la crónica que intentó el sacristán cojer esta mano que siempre al acercarse se le escondía. Llegado el suceso á noticia del abad, mandó al sacristán que continuase en su devoción y ejercicio santo, y que, si como acostumbraba, volvía á salir dicha mano, asiese de ella y la pusiese en custodia. Hizolo así el obediente sa-

cristan con feliz éxito: entre las suyas quedó aquella vez la misteriosa mano, que desde entonces, puesta en un relicario, con mucha devoción era mostrada al pueblo.

Su templo y sacristía encerraban también grandes tesoros en joyas y ornamentos, dádivas que hicieran un día los monarcas y magnates.

Hoy el monasterio yace en miserable abandono. El viajero cruza sus salones desiertos, sus corredores abandonados, en medio del silencio sepulcral que le rodea, y en vano se pregunta como es que allí dejan perderse los hombres aquella verdadera maravilla de piedra que tantos recuerdos guarda, que tantas memorias conserva.

